

Los Sota

esplendor y venganza

Eugenio Ibarzabal



erein

LOS SOTA

ESPLENDOR Y VENGANZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: septiembre 2021

Diseño de cubierta:

Iturri

Maquetación:

Itxaropena

Foto de solapa:

Pasquale Forenza

© Eugenio Ibarzabal

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-733-4

D.L.: D 1085 - 2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

LOS SOTA

ESPLENDOR Y VENGANZA

Eugenio Ibarzabal



Ane, Maren, Ander, Maddy, Jule eta laster jaioko denari,
bihotzez,
ondare gisa.
Atzokoa ezagutu ondoren,
bihar nahi dutena pentsa eta egin dezaten.

Sota toma posición más desinteresada y romántica. Evolucionando desde la Sociedad "Euskalerría", meramente fuerista, al nacionalismo vasco que, recién fundado, débil y agresivo, solo molestias sin beneficios podían producirle entonces.

Indalecio PRIETO

En 1936, en España, liberales, auténticos liberales, había realmente muy pocos.

Julio CARO BAROJA

En conversación privada con el autor

Dejando a cada cual en sus convicciones, aquí solo cabe decir que la guerra [se refiere a la segunda guerra carlista] fue un desastre, y con consecuencias más desastrosas todavía. Dimos lugar con ella, y con una serie de desaciertos políticos de los dos bandos, a la pérdida de nuestros fueros.

Más de cincuenta años han pasado, y las luchas y pasiones políticas de cada momento, nuevos errores y equivocadas e importunas exaltaciones, no nos han dejado ver serenamente la magnitud de lo que con ello perdimos.

Ya empieza a verse claro, y cada vez se verá más.

José ORUETA, liberal

Memorias de un bilbaíno, 1922

ÍNDICE

Primera parte: AUGE

I. Más y mejor (1876-1885).....	13
II. Un intruso (1885-1893).....	35
III. Gernika (1893-1898)	49
IV. Sota y Arana (1898-1903)	69
V. Republicano y amigo del rey (1903-1914)	93
VI. Esplendor (1914-1917).....	115
VII. Odio (1917-1923)	131
VIII. Crisis (1921-1931).....	155
IX. Ruptura con José Luis Aznar (1931-1937)	177

Segunda parte: VENGANZA

X. Entrevistas entre Sota y Aznar (Mayo de 1937)	209
XI. Abandonos (Julio de 1937).....	237
XII. Junta de Accionistas en Bilbao (Agosto de 1937)	253
XIII. Solo (Septiembre de 1937).....	271
XIV. Juicio en Londres (Marzo de 1938).....	297
XV. Multa (1938-1943)	329
XVI. Retrasos y presiones (1943-1965).....	355

Tercera parte: VUELTA A EMPEZAR

XVII. De Nueva York a Buenos Aires (1938-1943).....	391
XVIII. De nuevo, naviero (1943-1948).....	421
XIX. En los Servicios de Inteligencia (1948-1964)	441
XX. Extorsión de ETA (1964-1968)	455
XXI. Final (1968-1982)	471

Fuentes, bibliografía y agradecimientos.....	489
---	------------

PRIMERA PARTE
A U G E



Antonio Sierra, Ramón Sota Llano y Ramón Sota Aburto.

I

MÁS Y MEJOR

1876-1885

1

Anochecer del 21 de julio de 1876, en Madrid.

Ramón Sota Llano se dirige a la taberna en la que se reúne con otros estudiantes para comentar la noticia que, desde hace un tiempo, está temiéndose que se produzca: la abolición definitiva de los fueros vascos, a la que se han opuesto, uno a uno, los diputados vascos en el Congreso. Tiene en ese momento diecinueve años y cursa Derecho en la Universidad Central.

A pesar de proceder de una familia liberal, se encuentra, para su sorpresa, defendiéndose de las acusaciones que le dirigen otros estudiantes de la Universidad, contrarios a los fueros vascos.

Hasta ese momento pensaba que, con la segunda guerra carlista, se cerraba el pleito dinástico que se dirimía entre un Borbón y otro, Alfonso o Carlos, y que tan solo por esa razón se había producido la guerra. Las diputaciones forales, al igual que su familia, se habían mostrado fieles a la causa liberal, alfonsina, y contraria, por tanto, al carlismo. Pero ahora resulta que, de creerse en el bando ganador en la guerra, el liberal alfonsino, de repente, Ramón se ha convertido en un sospechoso de adhesión a la rebeldía carlista.

En un perdedor.

No entiende nada. Su padre, Alejandro, desde la localidad familiar de San Julián de Musques, donde vive, le dice que él tampoco. Ambos habían oído y leído que Alfonso XII, recién instaurado como nuevo monarca, había pedido a los carlistas en el pueblo navarro de Peralta, tiempo atrás,

el 22 de enero de 1875, que dejaran las armas, afirmando que nada iba a cambiar.

No solo no cumplió su palabra, sino que, además, dejó la cuenta de los gastos efectuados sin pagar, algo que, todavía hoy, se recuerda en Peralta.

¿A qué venía ahora la abolición?

También ha leído en los periódicos que por los lugares de España por donde pasa Alfonso XII, muchos gritan “abajo los fueros”.

Ramón lo ha advertido ya, más de una vez, por los comentarios de sus compañeros de clase, muy críticos con él. Los fueros son ahora, a tenor de lo que escucha y lee, los verdaderos causantes de los muertos de la guerra, y los vascos que muestran simpatía hacia las viejas leyes son acusados de simpatizar con el levantamiento carlista.

—Soy liberal, mi familia es liberal, de siempre. Mi abuelo fue alcalde de Portugalete, de adscripción liberal. Y soy también partidario de los fueros, lo mismo que lo ha sido siempre toda mi familia.

Pero no le escuchan. Se ha convertido en un sospechoso, es decir, gente de no fiar en el Madrid de la época, cuando lo cierto es que, en la pasada guerra, los carlistas han intentado llevarse a Ramón a filas, lo que no han conseguido. Ni ha sido carlista, ni ha mantenido simpatía alguna hacia ellos. Y ahora, mira por dónde, es sospechoso de serlo.

En adelante será siempre un sospechoso.

O incluso algo peor.

* * *

Unos meses antes, en la primavera de 1876, se había anunciado la venida del rey a Bilbao, que llega a mediados del mes de julio y se pasea a caballo por sus calles, con las tropas formadas en su honor. Flores y coronas caen de los balcones. Su padre, Alejandro, está presente, aplaudiendo, como uno más. En El Arenal, frente a la calle del Correo, desfilan las tropas, engalanadas. Hay festejos e iluminaciones, y el rey se hospeda en la Diputación, donde instalan un cuarto suntuoso, con una cama imperial de columnas salomónicas y de madera buena. La adhesión de los bilbaínos, entre vítores y entusiasmo, es total. Pero luego llega la sorpresa: el rey marcha de Bilbao

a Santander, y, pocos días después, firma el decreto que sanciona el final de los fueros vascos.

No solo se pone fin a las exenciones fiscales y llega el servicio obligatorio de armas, sino que, paulatinamente, entra la Guardia Civil, y además la ley abre el portillo para la equiparación total con el resto de las provincias. A partir de ahora, cada decreto será un mordisco más.

El malestar en Bilbao es evidente; con ocasión de la primera visita a la villa de Cánovas del Castillo –el presidente del Gobierno que ha redactado el Decreto de Abolición de los fueros–, las mujeres, asomadas a los balcones de sus casas, lejos de lanzar flores, ahora le dedican un abucheo atronador.

Esos acontecimientos quedan marcados para siempre en la mente de Ramón Sota Llano. En el fondo era un romántico, dirá de él su hijo, Ramón Sota Aburto, años más tarde. Todavía recuerda a su padre contándole cómo surgió en su caso el entusiasmo fuerista vasco.

Los estudiantes vascos en el Madrid de aquel tiempo se reunían en un café y conformaban, faltaba más, un orfeón. El director es un navarro, organista en Madrid. Un día les sorprende diciendo:

–Mañana viene a visitarnos el tenor Julián Gayarre. Quiere ver qué tal es nuestro orfeón. Le he dicho que sí de inmediato.

Gayarre está en su época de gloria.

Al día siguiente, se produce una gran concurrencia de estudiantes vascos. Gayarre sube al estrado y canta el *Gernikako arbola*. El entusiasmo es enorme. A Iparragirre, su autor, le habían echado antes de Madrid por defender los fueros. Ramón Sota Llano no olvidará nunca ese día.

Lo contaba y luego callaba.

Sí, es y será un romántico.

A pesar de todo.

2

Ramón Sota Llano nace el 21 de enero de 1857 en la localidad cántabra de Castro Urdiales. Es el año en que nace también el Banco de Bilbao. Algo se está moviendo. Pero la historia de los Sota no nace con Ramón sino que, como mínimo, hunde sus raíces un siglo atrás.

Un siglo atrás nace en San Julián de Musques Félix Joaquín de la Sota Llano, su abuelo paterno. El padre de Félix Joaquín, militar, ha sufrido una muerte por causa violenta. Encargado por el rey de la inspección de la fábrica de anclas, al contemplar en Hernani cómo una pareja de bueyes probaba, tirando de ellas, su fortaleza, inesperadamente, la cadena se rompe, partiendo en dos por la cintura al bisabuelo, que muere a los pocos días desangrado, como consecuencia de las terribles heridas sufridas, y tras haber sido transportado, agonizante, a la iglesia de la localidad.

Félix Joaquín, el abuelo de Sota Llano, se ha instalado años atrás con otro hermano en México, dejando antes en usufructo sus mayorazgos a su hermano Nicolás. A su vuelta, necesitado de dinero, se enfrenta a su hermano y mantiene un largo pleito para su devolución. Se instala luego en Portugaleta y llega a formar parte de la Diputación de Bizkaia por el bando gamboíno, es nombrado Padre de la Provincia —una especie de senaduría foral— y alcalde de Portugaleta. Participa en la unión de las Juntas generales de Abellaneda y Gernika.

Pero su tío abuelo Nicolás es algo más que un perdedor en la batalla judicial que hubo de mantener con su hermano. Escribano hasta su muerte, es también comerciante en vena, es decir, de hierro.

De los descendientes de Félix Joaquín nos interesan tres: Alejandro, que será el padre de Ramón Sota Llano; Josefa, que se va a casar con su primo Antonio, hijo del hermano perdedor Nicolás —con lo que, de algún modo, la fractura familiar va a cerrarse pronto—; y Rogelia, que contraerá matrimonio con un brigadier de artillería, de nombre Juan Aznar.

Si se lee hoy la correspondencia entre Félix Joaquín y su hija Rogelia, cualquiera podría sonreír, o enfadarse, ante los consejos que el padre ofrece a su hija. Pues ser feliz en el matrimonio es, para Félix Joaquín, sinónimo de hacer feliz al marido a través de la “dulzura, la humildad y el respeto” de la mujer, sin olvidar ofrecer, precisamente por eso, detalladas opiniones sobre el cuidado y manejo de la casa por parte de ella. Bien diferentes son las cartas del brigadier hacia su suegro, que muestra apuros económicos constantes y solicitud de dinero para pagar las deudas y llegar a final de mes. Resulta evidente que el dinero de Félix Joaquín Sota es imprescindible para el mantenimiento de la joven pareja Aznar. No parece que, al

menos desde el punto de vista económico, Rogelia hiciera una gran boda con el brigadier Aznar.

El padre de Ramón, Alejandro, el único varón de la familia paterna, instalado por un tiempo en La Habana y que ha vivido también en África, vuelve a Musques. Se convierte en el heredero de los negocios familiares del conjunto de la familia Sota, pues recibe también los de su tío Nicolás, negocios todos ellos relacionados con el comercio de mineral del hierro. Compra luego terrenos con arbolados. Dispone de varias embarcaciones. Explota algunas pequeñas minas. Toma parte en las instituciones forales de Bizkaia, siempre en el bando liberal.

* * *

Y ahora, los antecedentes por parte materna.

El abuelo de Ramón, Manuel Llano Alcedo, también nace en Portugalete y está vinculado a la misma localidad de San Julián de Musques. Su familia es propietaria de tierras, también comercia con vena y son marinos. Un perfil, pues, semejante al de la familia Sota. Se casa con Justa de Otañes, de familia de propietarios rurales y con origen en Castro Urdiales, donde la pareja se establece al contraer matrimonio. Pero los Llano son comerciantes que se acercan más y más a Bilbao. Y es que el atractivo de la villa es cada vez mayor.

Su hija Alejandra Llano se casa con Alejandro Sota, de modo que San Julián de Musques, Portugalete y Castro Urdiales van a constituir el origen donde hay que situar los antecedentes familiares del joven Ramón, cuya mirada, pese a sentirse muy identificado con el valle de Somorrostro, desde muy pronto, estará orientada hacia Bilbao.

Se aprecia una novedad en la familia materna, pues disponen de un título de nobleza: el marquesado de Llano, concedido en 1772 a José Agustín de Llano y de la Quadra, embajador en Viena.

* * *

Los padres de Ramón, Alejandro y Alejandra, simultanean los inviernos en la residencia familiar de San Julián de Musques, con los veranos tal vez más

agradables de Castro Urdiales. Alejandra, que está embarazada, visita a su madre enferma en Castro. El parto se precipita, pues el niño es sietemesino, o tal vez Alejandra no ha hecho bien sus cuentas. Habían pensado en dar a luz en Portugaleta, donde todo estaba ya preparado, pero va a nacer en Castro, y allí se va a quedar Alejandra por un tiempo, de tal modo que pueda ayudarla su madre, tanto en el embarazo como en el cuidado posterior.

Tierras, milicia, pequeñas minas, propietarios de lanchones y junteros. Estos son, pues, los antecedentes familiares del joven.

Y con ello, posibilidades de vivir no una sino varias vidas.

Sí, Ramón Sota Llano es un hombre que nace afortunado.

3

Bizkaia alcanza en 1840 los 112.000 habitantes. Pero, de repente, todo va a cambiar.

Las minas de hierro de los concejos, en este caso del Valle de Somorrostro, son, en principio, propiedad común de los vecinos, pero se puede advertir que ya hay quienes, como Nicolás, las toman en alquiler y comercian privadamente con ellas. Y no solo es Sota quien lo hace, obviamente, sino que, desde el principio, surgen, vinculados al negocio de las minas, los apellidos Ybarra, Chávarri y otros. Las minas son, pues, públicas, pero ya hay manos privadas que las explotan.

Alejandro Sota, el padre de Ramón, suministra vena de Somorrostro a las ferrierías más cercanas. Pero si el grupo familiar Sota Llano domina la comercialización de la vena por el puerto de Musques, de nombre La Valle, a nivel de Bizkaia solo representa una pequeña parte del total de la vena exportada. El principal exportador, Ybarra y Cía, controla en torno al setenta por ciento de este comercio.

Con una larga tradición previa de ferrierías, en 1841 se había creado la primera siderurgia, Santa Ana de Bolueta; en 1847 llegará el Horno Alto de la fábrica de la Merced, en Guriezo; en 1849 Astepe de Amorebieta; y en 1854 los Ybarra fundan la fábrica de hierro y acero Nuestra Señora del Carmen, luego llamada Ybarra y Cía. La Revolución Industrial se ha iniciado bastante antes de la abolición foral de 1876. No es, pues, consecuencia de la Ley Abolitoria, que es posterior.

En 1856, un año antes del nacimiento de Ramón, el convertidor Bessemer necesita mineral de hierro con muy bajos contenidos de fósforo, como el que se recoge en Bizkaia, que dispone, además, de una fácil extracción, en yacimientos cercanos a la costa. Al final de los 60 y comienzos de los 70, el puerto de Bilbao sufre una avalancha de buscadores y representantes de compañías británicas mineras y siderúrgicas. Convierten la margen izquierda de la ría del Nervión en un casi continuo cargadero de mineral.

Los ingleses disponen del capital y de la tecnología necesaria. Los autóctonos aprovechan de su experiencia y aprenden. La exportación de hierro al Reino Unido se convierte en avalancha. El paisaje empieza a cambiar.

También se produce una revolución en el mundo de los barcos. Santiago Arana, padre de Sabino, que ha financiado hasta casi arruinarse a las tropas carlistas, ve cómo sus barcos de madera forman definitivamente parte del pasado.

4

Ramón nace, pues, en el año 1857. Más tarde llega al mundo su hermano Manuel. Su madre Alejandra va a morir cuando Ramón cumple los siete. Una sacudida de responsabilidad. Efectúa en Musques sus primeros estudios. De allí a Bilbao, a cursar el Bachillerato en el Colegio General de Bizkaia, dependiente de la Diputación. Es un estudiante interno, que viene del pueblo a la capital. Es decir, es de pueblo. Ir de Musques a Bilbao costaba su tiempo.

Se encuentra con un Bilbao comerciante y liberal que ha vencido a la Bizkaia profunda, mayoritariamente carlista, en la primera guerra. Ramón cursa los estudios con buenas notas y, si bien sus resultados entre letras y ciencias parecen al comienzo equilibrados, finalmente prevalece el gusto e interés por las ciencias. Son compañeros de estudios, Manuel Allende Salazar –luego ministro de Hacienda y presidente de Gobierno–, el inventor Leonardo Torres Quevedo, Tomás Zubiría y los hermanos Chávarri. De todos ellos se hará en ese momento buen amigo. Desde el primer momento, pues, se codea con la élite bilbaína, aunque él siga siendo un hombre

proveniente de San Julián de Musques, de la zona de Las Encartaciones, un recién llegado a Bilbao.

Un encartado; hasta cierto punto, un intruso.

Ramón quiere ser marino de guerra, lo que bien podría haber sido, porque la familia tiene, de antiguo, buenas relaciones con la Academia Militar. Pero el padre le dice que no, que eso tiene poco futuro, que tiene que ser abogado. Obedece. Marcha a Madrid, a cursar la carrera de Derecho, en el año 1873.

Así lo explicará luego su hijo, Ramón Sota Aburto. Habla de un antepasado que fue marino de guerra y estuvo en el combate en Tolón, entre la escuadra franco-española y la inglesa, y que es muy gravemente herido en esa batalla.

Ascendió a capitán de fragata y el rey le dio el hábito de Santiago y diversos honores. Es por eso por lo que la familia tenía muchas relaciones con marinos de guerra. Mi padre mamó eso. Su primera intención fue la de ser marino de guerra, porque tenía, además, cierta facilidad para entrar en la Escuela Naval. Pero su padre había sido hombre de minas y de relaciones. Su tío Antonio y su padre le dicen que no, que ser marino no tenía porvenir alguno...

Además, el recuerdo de la marina y del ejército español en la familia era sinónimo de falta de seriedad y de no hacer bien las cosas.

* * *

Miguel Unamuno, nacido en Bilbao, es siete años más joven que Ramón Sota. Víctor Chávarri, compañero de estudios de Ramón, nacido a su vez en Portugalete, es tres años mayor, lo mismo que el navarro Arturo Campión, liberal como él, con el que Sota se va a encontrar estudiando Derecho en Madrid.

A esas alturas, las diferencias de edad marcan distancias, en principio, insalvables.

Ramón es un joven “sumiso siempre y obediente a mis mandatos”, según su padre. Un modelo de relación entre padre e hijo que Ramón repetirá luego con los suyos. Su hermano Manuel llevará una vida diferente. A

pesar de estudiar un año en la universidad en Madrid, se casa muy pronto con una mujer de apellido Izaguirre, sin permiso paterno. El mismo origen familiar, pero de trayectoria posterior bien diferente. El padre otorga su testamento nombrando heredero universal a Ramón, y a Manuel no le da nada. En Ramón recae la obligación moral de cuidar y proteger a su hermano Manuel y, sobre todo, a sus sobrinos.

Lo hará.

Tras estudiar en Bilbao, Ramón Sota vive ahora en Madrid, en casa de unos tíos maternos, siendo el marido militar, y más tarde en una residencia de estudiantes, muy cerca de la Universidad, lugar propicio para debates y novedades; vive la renuncia de Amadeo de Saboya, la Primera República española, la restauración borbónica y la abolición foral. Respira, pues, la política y acontecimientos claves de la historia de España.

Al terminar los estudios universitarios, en 1879, con veintidós años, Ramón vuelve. Le pregunta al padre qué hacer.

–Lo que hemos hecho siempre –le contesta.

Alejandro se retira a su escritorio y vuelve con un montón de papeles, que repasan luego entre los dos. En el folio tercero aparecen las reseñas de los acuerdos de un Sota, que ya en el año 1701, en compañía de un vecino de Musques, ha de entregar la vena de su venera, o “de otras de tan buena bondad”, en el cargadero del puerto de La Valle, frente a la iglesia del pueblo, que pagará el quintal a real. Luego repasan, sonrientes, más documentos, en los que se puede leer cómo un antepasado de Sota habla de una anega de sal de Portugal, unas medias de paño que costaron seis reales en Andaya, de cómo carga el mineral en su barco, el *Nuestra señora de Aguirre*, de los quintales que recibió de uno y de otro, y habla de chirta, de vino, de mimbres. Y luego saca más papeles, solo que más recientes, los propios, los de sus propias actividades comerciales.

–Esto es lo que los Sota sabemos hacer: comprar, transportar vena o lo que sea, de un punto a otro, y luego vender.

Y concluye:

–Seguirás haciendo lo mismo, solo que más y mejor.

5

¿Qué hacer ante una situación absolutamente nueva, como es la producida tras la ley de abolición foral?; ¿enfrentarse o contemporar? El margen de maniobra de la Diputación de Bizkaia es prácticamente nulo y la sublevación carlista ha sido derrotada por las armas. Hay cuarenta mil soldados instalados en cuatro provincias que no suman en total setecientos cincuenta mil personas.

Entre los liberales contrarios a la abolición foral, se crean dos bandos: “transigentes” e “intransigentes”. Los primeros, los “transigentes”, afirman que hay que salvar los restos del naufragio, y que por ello hay que negociar, lo que sea, con el Gobierno. Los segundos, los “intransigentes”, son partidarios de luchar, aunque no sepan muy bien cómo. Fidel Sagarminaga, diputado general de Bizkaia, es la figura principal de los “intransigentes”.

Las posiciones empiezan a dividirse, pero son los “intransigentes” quienes ganan por gran mayoría en las Juntas de Bizkaia. Quesada, general en jefe del Ejército del Norte, se harta y les conmina a aceptar; en caso contrario, les dice, se aplicará íntegramente la ley y en las peores condiciones. No se olvide que se vive bajo ocupación militar y sin prensa que pueda hablar libremente, ante la que los primeros sorprendidos son los liberales vascos, que creían estar, hasta hace un año, en el bando de los ganadores y que ahora son tratados, por ser fueristas, como derrotados.

¿Habrían apoyado al carlismo tantas familias vascas de no temer que está en juego el mantenimiento de un modo de entender y vivir el país, muy a pesar del escaso reconocimiento de los fueros por parte del pretendiente carlista? ¿Se habrían apuntado como “voluntarios” sus hijos de no mediar la amenaza y la coacción? ¿Habría habido abolición foral sin levantamiento carlista previo y matanza de tantos jóvenes soldados alfonsinos reclutados a la fuerza en España? ¿Cuál hubiera sido la evolución posterior en el País Vasco en el caso de haber podido caminar por la senda del diálogo con las diputaciones forales, cuya lealtad al Gobierno era indudable? En definitiva: ¿la historia pudo haber sido de otro modo del que, finalmente, fue?

De lo que no cabe la menor duda es que las carlistadas fueron un desastre para el país y que muchos vascos cayeron en una trampa mortal para sus fueros.

Pero no especulemos; contemos simplemente lo que fue.

“Transigentes” e “intransigentes” se dividen y enfrentan entre sí. Lo de siempre: los “transigentes” acusan a sus adversarios de que su postura no da lugar a nada, y los “intransigentes” reprochan, a su vez, la colaboración de los “transigentes” con la liquidación foral.

Es el final de la última diputación foral vizcaína.

A la vuelta de Madrid, nada más llegar a Musques, Ramón Sota Llano se coloca, desde el principio, con los “intransigentes”.

Un hecho que le va a marcar definitivamente.

6

De la relación entre Rogelia Sota y el brigadier Juan Aznar va a nacer en 1830, y en Sevilla, donde el padre está en ese momento destinado, Eduardo Aznar Sota, que va a ser luego no solo primo de Ramón Sota Llano, sino, a pesar de ser veintisiete años mayor, también su primer y único socio.

Eduardo Aznar Sota reside desde 1860 en Bilbao. Se casa con una Tutor, y le sobrevivirán tres hijos –Eduardo, Luis y Alberto–, todos ellos bilbaínos, de apellidos, pues, Aznar Tutor. Eduardo Aznar Sota, inteligente y emprendedor, observa la importancia que las minas van a tener en el futuro y, pese a la larga tradición militar de la familia, se dispone a registrar por su cuenta otras nuevas, para luego arrendarlas. Acoge a su primo Ramón en su casa de Bilbao.

Desde 1861 Aznar se dedica también a la correduría marítima en el puerto de Bilbao, una posición privilegiada. También Eduardo Aznar llega a ser miembro, aunque suplente, de las Juntas Generales, en representación del mismo valle que el de los Sota. No es un fuerista “intransigente”, muy al contrario. Pero eso no es obstáculo para que los dos primos, Ramón y Eduardo, tal vez unidos por el mutuo respeto y cariño que comparten hacia Alejandro Sota, padre y tío, colaboren lealmente desde el primer momento.

* * *

Sota Llano no tiene muy buena opinión de sí mismo como abogado, pues, tras los primeros encargos, cosecha un buen fracaso como resultado.

Confesará un día que el cliente al que defendía recibió una pena superior a la que reclamaba el fiscal. Sin embargo, todos reconocerán luego en Sota Llano el rastro dejado por sus estudios de Derecho, pues es hombre que escribe sus cartas y documentos con enorme precisión, sin que se le escape nada, amarrando muy bien absolutamente todo. Es un visionario, pero que, a diferencia de muchos visionarios, también es capaz de fijarse en los pequeños detalles.

Una excepción.

En enero de 1881 vemos ya trabajando juntos a Ramón Sota, de veinticuatro años, y a Eduardo Aznar, de cincuenta y uno. Curiosa pareja. Acaban de iniciar, aunque sin formalizar, una participación a medias en negocios mineros.

Con el tiempo, Ramón consigue también los bienes, no solamente de su tío, sino de las primas que van a morir solteras. La familia es un mundo muy cerrado, pero que funciona, y en el que la autoridad de Ramón no se va a discutir jamás en el futuro. Cuenta con la confianza de todos, aunque también con la obligación de que, caso de que se produzca alguna desgracia familiar, Ramón habrá de asumir su responsabilidad.

7

La pobreza en el sur y centro de España da paso a la emigración a las grandes ciudades, a los lugares donde se produce un auge de la industria, como el País Vasco, Asturias, Cataluña y Madrid. Desde el Gobierno y las capas dominantes no hay alternativas ante la pobreza. La radicalización estalla. El anarquismo protagoniza episodios sangrientos, y contra ellos se ceba una represión brutal por parte del Ejército y de la Guardia Civil.

Al tiempo, la transformación demográfica de Bizkaia es total.

Su población, que, en el año 1840, es de 112.000 habitantes, en 1897 alcanza los 290.665 y en 1900 llega a los 311.361. El gran cambio se produce a partir de 1857, precisamente el año del nacimiento de Ramón, y se incrementa a partir del final de la segunda guerra carlista. Esto significa pasar de una densidad de 51 habitantes por km cuadrado en 1840 en Bizkaia a 130 en 1897, y 141 en el año 1900. Son incrementos cercanos al

300 por cien. La inmensa mayoría de los que llegan son de fuera del País Vasco. En un momento dado, en Bizkaia, el número de foráneos llega a superar al de autóctonos. Gipuzkoa también crece, pero mucho menos, y Álava y Navarra no muestran, simplificando, más incremento que el meramente vegetativo.

* * *

Perdidas también las competencias de la Diputación de Bizkaia en materia de enseñanza, es cada vez mayor la presencia de maestros foráneos, que imponen la enseñanza exclusiva en castellano. Cuando se les reprocha lo que hacen, hay quien afirma que son los propios padres los que así lo piden.

Es una época muy difícil para muchos niños vascos, que ven cómo dos mundos diferentes y contrapuestos se abren ante ellos: el de su casa y el de la escuela. Es frecuente que los exclusivamente vascohablantes sean menospreciados por otros compañeros, agitando así complejos de inferioridad.

Muchas órdenes religiosas, especialmente las femeninas, algunas de ellas huidas de Francia con la persecución religiosa y recaladas en distintos lugares del País Vasco, pero también otras autóctonas, no solamente no enseñan en euskera, sino que propagan la idea de que hablar en esa lengua no es algo elegante para una niña que quiera hacer luego una buena boda.

De aquí también el tratamiento de “jebos” hacia los aldeanos vascohablantes. Algo de esto hay en la lucha entre Bilbao y el resto de Bizkaia, que ya ha quedado reflejada y zanjada con la victoria de los liberales contra los carlistas en la pasada guerra carlista, muchos de cuyos batallones son vascohablantes.

Las instituciones vascas de la época, dominadas por los liberales “ministeriales”, integrados en los partidos políticos de Madrid, poca o ninguna presión ejercerán en contra de esa tendencia, como no sea la de crear una cátedra de lengua vasca. Los liberales fueristas “intransigentes”, por el contrario, comienzan a organizar en Bilbao juegos florales como medio de ensalzar la cultura en euskera que se encuentra tan en declive, pues el euskera, piensan, “se va”.

Definitivamente.

El cambio económico, social y cultural que se produce en Bizkaia es, pues, completo.

E insostenible.

8

El 15 de mayo de 1877 toma posesión de sus cargos la nueva diputación, ya no foral, sino denominada provincial, igual que las demás, formada por “transigentes”. ¿Quiénes son esos “transigentes”?

Su presidente es Manuel María de Gortazar, diputado general de Bizkaia entre 1872 y 1876, que se ha posicionado como cabeza de ellos. Terrateniente venido a menos, propietario y gestor de un balneario de gran éxito en Zaldibar, poseedor de varios títulos nobiliarios, participa en diversos proyectos de ferrocarriles. Es un fuerista posibilista, que hace lo que cree y puede. Él y su grupo explica su entrada en la Diputación diciendo que es un deber, un día triste, el más difícil y peligroso de la historia de Bizkaia, y que han vacilado antes de tomar esa decisión, pero que está en riesgo la permanencia de las instituciones especiales del país, que quieren evitar posibles males mayores, que se ven obligados a ocupar estos difíciles puestos, que algunos han intervenido ya antes en la Diputación, por lo que sus antecedentes son su mejor garantía, y que no pretenden sino la “salvación de los intereses y derechos del país vascongado”.

Son sinceros, pero ¿qué van a poder lograr?

Su posibilismo se va a orientar hacia la autonomía fiscal, derivada de la exención anterior. El 28 de febrero de 1878 va a dar lugar a la aprobación de la figura del Concierto Económico. Lo explican diciendo que este Concierto reconoce una autonomía económica muy beneficiosa, ya que evitará la intervención directa del Estado a efectos económicos en el país, a cambio de una cantidad cifrada de antemano y que abonarían las diputaciones provinciales al Gobierno.

Es el triunfo de los que se autoproclaman como sensatos y prudentes, que tachan a sus contrarios de “intransigentes” y califican de “fracasada” su política.

—¿Y qué habéis logrado los que tanto nos criticáis? —les preguntan.

La respuesta es: nada.

Las diputaciones vascas se van a convertir así, de nuevo, en caramelo nada despreciable en la lucha por el poder interno en Bizkaia.

Los fueros son para el Gobierno de Cánovas, definitivamente, reliquia del pasado. Pero también para buena parte de esa nueva élite vizcaína, que considera que, con el logro del Concierto Económico, queda también resuelto el conflicto foral. Ahora hay que pensar en otras cosas, dicen: el desarrollo de las empresas propias, el control de las instituciones políticas como medio y, a través de ellas, la presión sobre el Gobierno central a fin de que se pliegue a sus intereses económicos. Hay que ir a lo “concreto”.

Los “intransigentes”, Sota entre ellos, derrotados políticamente, tanto por Cánovas como por los “transigentes”, se agrupan en torno a Fidel de Sagarminaga, último diputado general de la Diputación en tiempos forales, y la Sociedad que ha formado, “Euskalerría”; de ahí el nombre que recibirán de “euskalerríacos”. Sota, ya se ve, se ha incorporado al grupo de los perdedores.

En el caso del hombre de empresa más importante de Bizkaia, Víctor Chávarri, por el contrario, los negocios y la política están estrechamente unidos, dependiendo la opción política a adoptar de sus propios intereses de negocio. Sin ambages; su franqueza es admirable. Chávarri figura adscrito al partido monárquico, en sus dos versiones, según le convenga en un momento u otro, pasando de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas, los partidos en el poder: conservadores y liberales.

9

Puede parecer así que, tras años convulsos, Bizkaia se ha convertido en un remanso de paz; como si, de repente, nada hubiera sucedido, ni nada hubiera ya de suceder luego. Las grandes familias de dueños de minas e intereses industriales se hacen con el poder en la Diputación, y miembros de ellas parecen imponerse en todos y cada uno de los puestos claves de las instituciones: Congreso y Senado.

Pero lo cierto es que Bizkaia sigue sometida a un estado de excepción, con personas detenidas y deportadas –por ejemplo, a Fernando Poo, en la antigua Guinea Ecuatorial– y con un severo control de prensa

que impide a los que no forman parte de la élite seguir el auténtico devenir de los acontecimientos. Aparente tranquilidad, pues, que no esconde sino una represión sin precedentes en la historia reciente de Bizkaia.

Lo único que se produce con normalidad serán las sucesivas convocatorias electorales. Pero sus resultados no son sino el fruto de manipulaciones más o menos burdas, pues no son elecciones libres, sino el fruto de un sistema corrupto.

* * *

Alfonso XII, el que ha firmado la Abolición, es objeto de dos atentados anarquistas, cuyos autores son castigados con el garrote vil.

Las clases medias en España comienzan a asustarse, a priorizar la seguridad y la paz social por encima de todo. La violencia anarquista se convierte así en el mejor aliado del mundo conservador.

Violencia que, felizmente, no va a llegar aún a Bizkaia. El recuerdo de la guerra carlista está muy cercano en el País Vasco. Pocos quieren aventura alguna que corra el riesgo de llevarlos de nuevo al monte. Las muertes sufridas han sido más que suficientes.

Tampoco Sota querrá saber nada de violencia ni de nuevas guerras. Ni entonces ni después.

10

Ramón Sota y Eduardo Aznar explotan durante los primeros años ochenta dos grupos de pequeñas minas, en Bizkaia y Cantabria. Su principal actividad conjunta es el comercio de mineral de hierro, no solo el propio sino también el de otros. Por su parte, Sota padre e hijo controlan también un negocio de minas: no dependen de nadie, están lejos de las aglomeraciones de la ría, de modo que disponen de autonomía para servir con regularidad y puntualidad los pedidos de sus clientes. Al no residir en Bilbao, tampoco tienen que pagar las tasas que exige su puerto para poder financiar así los gastos de las obras de la Junta del Puerto.

Controlan bien su cuenta de resultados.

Pero sus negocios son discretos comparados con los de los Chávarri, los Martínez de las Rivas o los Ybarra; los Sota son, en ese momento, unos competidores de escaso peligro.

* * *

Martínez de las Rivas e Ybarra tienen también pequeñas flotas de vapores. Pero en 1882 Eduardo Aznar Sota funda por su cuenta la Compañía Bilbaína de Navegación, ampliando su negocio anterior y convirtiéndose ahora en propietario de barcos y exportador de mineral. Comienza con tres vapores. Son veinticuatro socios. ¿Por qué no está ahí Ramón Sota? Porque Aznar ha comenzado sus negocios bastante antes. Pero quizá nos revela también algo de la personalidad de Sota a propósito del modo de gestionar sus negocios. No le va a gustar trabajar con mucha gente: preferirá hacerlo con los suyos y siempre dentro de sus posibilidades financieras. No le gustan, pues, las multitudes, ni, mucho menos, los créditos.

Sota comienza luego en solitario su andadura en los negocios navieros. Compra el *Guriezo* en el año 1883, un vapor de hierro de 83 toneladas brutas. Es un barco tan solo un poco más grande que los lanchones tradicionales que su padre ha utilizado desde siempre. El barco ha participado, al parecer, durante la guerra carlista, como correo oficial, habiendo sido hundido en 1874, reflotado y luego reparado. Lo vende al año siguiente. Se hace con otro barco, el *Somorrostro*, aunque no en propiedad, este ya de 338 toneladas brutas. Marcha a Asturias con mineral de hierro y vuelve desde allí con carbón asturiano. Un día vuela a causa de la explosión de una caldera. Se convierte en gabarra para transporte en la ría.

Un buen disgusto.

Compra el *Alcedo*, nombre familiar porque le recuerda a un antepasado suyo, el capitán de navío Francisco Alcedo y Bustamante, fallecido en la batalla de Trafalgar. Para la gestión de estos barcos se asocia con su padre y con su primo Eduardo Aznar. El *Alcedo* naufragará más tarde en el Canal de la Mancha. Luego llegarán el *Baracaldo*, el *Albia* y el *Lequeitio*.

Los primeros negocios navieros de Sota son, pues, una continuidad de los que, hasta entonces, ha desarrollado su padre Alejandro en el comercio

del mineral de hierro. Pero más y mejor, porque los negocios, desde muy pronto, comienzan a funcionar muy bien.

Obsérvese, en cualquier caso, que hay tres grupos de empresas: el grupo de Aznar, el de los Sota, y el de Sota y Aznar.

A no olvidar.

11

Sagarminaga y sus fueristas “intransigentes” no hacen sino cosechar derrota tras derrota electoral, hasta el punto de que Sagarminaga –que carga sus fracasos, no sin razón, a la situación de ocupación militar en la que viven y a la incapacidad de hacer propaganda de sus ideas– llega a preguntarse, en su desesperación, si no es preferible que el Gobierno nombre de una vez por todas directamente a los ayuntamientos, afirmando que los fueristas no deben colaborar en este “simulacro”, lo dice así, de lucha electoral, pues el triunfo lo tienen asegurado siempre los llamados “ministeriales”.

Miguel de Unamuno, que en 1878 tiene catorce años, escribe en sus diarios de aquellos años que se encuentra “llorando la postración y decadencia de la raza, invocando el árbol santo de Guernica, la corrupción que nos traen allende el Ebro”, y se pasea con sus amigos disertando sobre los males de Euskal Herria, lamentando la cobardía presente.

“¡Cuántas veces no echamos planes para cuando Vizcaya fuese independiente!”, escribe. Se define a sí mismo en ese momento “como ferviente fuerista, euscalerriaco, prebizcaitarresco”; pues en 1876 “el año fatídico de la Constitución restaurativa... había arrancado al señorío de Vizcaya los restos de sus fueros dejándole unas escurrajas de autonomía administrativa”.

En el mismo ambiente se está formando el espíritu del fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana, al que Unamuno conoce bien, un joven cuatro meses menor, que vive cerca.

Las manifestaciones de Unamuno demuestran que son muchos los que, aunque callados, están aterrados ante lo que se les viene encima.

No es de extrañar que luego Unamuno afirme:

–Todos los vascos vemos la pronta asimilación de las costumbres y maneras de nuestro pueblo a muchos entes extraños a él, el idioma se va

desvaneciendo en su roce con el oficial, que simboliza una mayor cultura, y todo va pasando como pasa el flujo del agua en el océano y queda siempre vivo el mar... Es el pueblo vasco un pueblo que se va.

Al igual que el joven Unamuno, también Sabino Arana piensa que el País “se va antes de que termine el siglo”.

Dolores Ibarriuri, hija de un carlista que ha luchado en la batalla de Somorrostro, y hermana de nacionalistas vascos, explica así lo que luego sucedió.

Aún no se habían secado las lágrimas por los caídos... cuando hombres totalmente ajenos al país examinaban con ávida e investigadora mirada montes y colinas, campos y prados, collados y barrancos... Trazaban croquis, levantaban planos, clavaban estacas, colocaban mojones, hablaban una jerga endiablada... de compañías anónimas, pertenencias, concesiones, denuncias, expropiaciones forzosas, importación de capitales, mano de obra barata, exportación de minerales, industrialización... Un mundo nuevo caía de golpe sobre la comarca cambiando radicalmente el derecho público, porque cambiaban las relaciones de propiedad. Ayer, esto era del común; aquello, de una familia; lo de más allá, de otra... Hoy, todo es extraño.

Dolores siempre contaba con emoción que una de las canciones que su padre le cantaba y ella aprendió de pequeña era el *Gernikako Arbola*, el “canto nacional de los vascos”, decía.

También el liberal José Orueta recordará años más tarde con tristeza el pasado perdido.

Dejando a cada cual en sus convicciones, aquí solo cabe decir que la guerra [se refiere a la segunda guerra carlista] fue un desastre, y con consecuencias más desastrosas todavía. Dimos lugar con ella, y con una serie de desaciertos políticos de los dos bandos, a la pérdida de nuestros fueros.

Más de cincuenta años han pasado, y las luchas y pasiones políticas de cada momento, nuevos errores y equivocadas e importunas exaltaciones, no nos han dejado ver serenamente la magnitud de lo que con ello perdimos.

Ya empieza a verse claro, y cada vez se verá más.

Arana, Unamuno, Ibarriuri, Orueta. Sea cual sea la familia política, por una razón u otra, la etapa foral constituye un recuerdo bueno e

imborrable. Ramón Sota Llano, en este sentido, no es una excepción, sino uno más.

* * *

Pero, así como Arana y Sota se van a enfrentar a la situación, Unamuno optará por el “que se vaya”, pues piensa que no hay nada que se pueda hacer, que es ley de vida. Es su opción.

En unos juegos florales posteriores Unamuno llegará a decir, tal vez por auténtica desesperación, que hay que enterrar la lengua vasca con todos los honores. Su amigo, el médico Enrique Areilza, que acaba de estar con él días antes, le pronostica “exactamente” la reacción que habría de provocar.

—También le indiqué, más sin rogarle mucho, que debiera pasar lo del vascuence de modo más ligero, sin insistir y recrearse en su muerte. Todos están convencidos de la desaparición de la lengua y no había necesidad de molestar tanto con pronósticos letales. No hizo caso y él sabe por qué...

Pues Areilza intuía la reacción que se iba a producir tras las palabras de Unamuno:

—Si la noche de los juegos florales no está el teatro lleno de señoras, ocurre una catástrofe por el veneno profundo que engendró su sermón.

Y es que, para muchos, una cosa es callar, porque no se ve remedio, y otra muy distinta regodearse, además, en la desgracia propia.

Areilza es un médico humanista tres años mayor que Sota y que ha estudiado en Valladolid y Madrid, y que, prácticamente, desde su primera andadura profesional, ha decidido ayudar a los mineros accidentados de la zona de Gallarta, en la margen izquierda de la ría. Será luego el padre de José María Areilza, futuro conde de Motrico y primer alcalde de Bilbao tras la entrada de las tropas de Franco, y tío de Ignacio Areilza, hombre estrechamente ligado a los Sota, como luego veremos.

Enrique es un joven de familia carlista que nace en la calle San Francisco. Llama la atención que, tiempo más tarde, al hacer su glosa, su hijo José María, conde de Motrico, nos hable de “una ascendencia puramente vascongada en dieciocho, y, quizás, en treinta y seis de sus apellidos”. Lo del fervor por los apellidos euskéricos debía de ser, pues,

una afición muy compartida en aquel tiempo, y criterio indicativo de ascendencia vasca.

* * *

Los “ministeriales”, por el contrario, ven la situación de otro modo. Al constatar la ausencia de conflicto en la calle, consideran que el pleito foral está ya adormecido y encauzado –pues también los fueros “se van”–, y que lo que de verdad ha surgido en Bizkaia es el ansia de engrandecimiento industrial, que es la única razón para tomar parte en la política; lo concreto. Estas personas consideran que, para llevar adelante su propósito de aumentar la industria vizcaína, necesitan del poder y la colaboración del nuevo Estado.

–Por lo que decidieron adueñarse, ante todo, de los electores vizcaínos, con lo que, una vez en sus manos la representación del país, podrían manejarlos en las corporaciones locales y en las Cortes de la nación en servicio de su patriótico proyecto –confesaría abiertamente Javier Ybarra años más tarde, miembro relevante de una de esas familias poderosas de Bizkaia.

Seguiremos a Ybarra con interés, porque, si bien lo hace con posterioridad, describe tal vez mejor que nadie la evolución de esos dirigentes hasta julio de 1936.

Eduardo Aguirre, otro de los “ministeriales”, diputado en Cortes, es también rotundo al respecto.

–La opinión acerca de los fueros se ha modificado profundamente, y ya casi nadie pretende, ni espera, su reivindicación. Este es un asunto que pasó a la historia, y si se exceptúan Trueba, Sagarminaga, los Adanes de Yarza y otros pocos llamados aquí “euskalerriacos”, los liberales, que están en la realidad de las cosas, no desean la vuelta de la integridad del fuero.

Lo dice tan solo ocho años después de producida la abolición foral.

En el fondo, Unamuno y los “ministeriales” tienen algo en común: el euskera y los fueros “se van”, o “se han ido”, definitivamente. Enterrémoslos en paz y dediquémonos a otra cosa, dicen, porque los “ministeriales” consideran que, sin la aquiescencia del Estado, y menos en su contra, no hay ya manera de hacer negocios en el País Vasco; solos no podemos,

piensan. En consecuencia, hay que formar parte del poder de ese Estado, y nunca vivir ni a espaldas ni contra él.

Es su opción.

Sota es también del mundo de los que piensan que “esto se va”. Pero su actitud va a ser muy diferente; se dedicará también a los negocios, y con éxito desde el primer momento, pero, al tiempo, va a tratar de recuperar lo bueno, según él, de la etapa anterior: los fueros. Para él no habrá contradicción alguna. Sota, al contrario de los “ministeriales”, va a pensar que, hasta ahora, bajo administración foral, también se ha podido hacer riqueza, y mucha.

El Estado español para Sota, por el contrario, lejos de ayudar, será, en lo fundamental, una carga con la que, desgraciadamente, habrá que convivir y, en cualquier caso, minimizar.

Es un liberal.

II

UN INTRUSO

1885-1893

12

El 15 de abril de 1885 Ramón Sota se casa, a los veintiocho años de edad, con Catalina Aburto, de veintitrés, hija de un conocido comerciante del Casco Viejo de Bilbao. La familia Aburto procede de una familia más que pudiente.

Catalina llama la atención por ser una mujer en extremo menuda, que escribe poesía, de carácter firme, educación tradicional, que siempre va a ser el bálsamo en el caso de tensiones familiares entre padre e hijos, y entre los hijos entre sí. El retrato que de ella hará Zuloaga años más tarde, uno de los mejores del pintor, llama enormemente la atención. Su mirada es especial, profunda, escrutadora. Representa a una mujer inteligente y al tanto de todo lo que sucede a su alrededor. A esa mujer no se le escapa nada. “¡Si te contara yo!”, parece querer decir a quien se acerca al retrato. Traslada sabiduría, experiencia de la vida y una voluntad decidida a guardar los secretos que lleva dentro. No es una mujer atractiva, como tampoco es atractivo Ramón Sota: nuestro personaje es de calvicie temprana, corto de estatura, casi sin cuello y precoz propensión a engordar. Pero también su mirada es subyugante, al menos en sus primeros años. Hay también en él una sonrisa especial, inteligente; diría que hasta un tanto enigmática.

Catalina dará a luz casi cada año, de modo que María, la mayor, nace en 1886, Ramón en 1887, María Luisa en 1888 y Catalina en 1889.

Luego seguirán más, hasta trece.

Tras residir en varios pisos alquilados del Arenal de Bilbao, Ramón y Catalina terminarán construyendo su primera casa, de tres plantas, en el

año 1889, en la calle Ibáñez de Bilbao, a la que llamarán “Villa María”, muy cerca de la casa familiar de Sabino Arana. Es ahora una familia más que acomodada, pero no tanto aún como la de Víctor Chávarri, que construye su imponente palacio en la plaza Elíptica, de estilo neoflamenco, obra del arquitecto belga Paul Hankar, sin duda en recuerdo de su querida Lieja, donde Chávarri ha estudiado ingeniería.

* * *

Chávarri es un hombre que huye de todo lo que es bullicio y diversión de las multitudes. No habla bien. Su entretenimiento es la navegación y su pasión el trabajo. Procede de los Chávarri Salazar, una familia que, ya desde el siglo XVIII, se dedica a la explotación de minas. Su extensa propiedad minera constituye el fundamento de su prosperidad. Nadie duda de que es un gran trabajador, pero todos saben, aunque él a veces lo olvide, que no ha partido de cero.

Es hombre de muy pocas palabras, como ocurre casi siempre con los hombres de acción; en eso se parece a Sota. Se dice que cuando Chávarri entra en su escritorio de mal humor, si algún ordenanza o empleado no cumplimenta al momento sus disposiciones, es capaz de soltarle un coscorrón, cuando no un puntapié. Vive abstraído completamente en la vida de los negocios, sin mezclarse para nada, al principio, en la política local. Pero cuando sus empresas adquieren gran desarrollo, comprendiendo la extraordinaria importancia que para el desenvolvimiento y progreso de sus planes financieros tienen las influencias gubernamentales, ingresa en la lucha política. Es gubernamental oportunista. Y lo confiesa sin reparos. Va a apoyar al partido que esté en el poder en Madrid, sea uno u otro. Cuenta siempre con un grupo de incondicionales, no siempre de demasiada talla, que hacen lo que él quiere y a los que no tiene reparos en humillar en su yate. Se ocupa poco de la familia.

Víctor Chavarri critica desde muy pronto a Sota:

—No tiene inconveniente en indisponerse con el gobierno del Estado, apoyando a separatistas, es un loco; en los negocios es preciso estar bien con el que manda.

Esta es la clave.

Chávarri y los suyos son de los que defienden que, contra el Estado, nada se puede lograr; al contrario, hay que utilizarlo, si se puede, en beneficio propio. Considera que los fueros no tienen futuro alguno. La única posibilidad reside en asumir la realidad y plegarse a la nueva situación.

Su aparente liberalismo no es sino un disfraz ideológico para asumir el Estado unitario, que se va a convertir en lo fundamental de su ideario por razones estrictas de negocio. Y el símbolo del Estado unitario es el ejército y la monarquía, de donde va a derivar una adhesión incondicional, que veremos proclamar a los suyos una y otra vez. No es liberal, es unitario, y, en consecuencia, monárquico y partidario del orden por encima de todo.

Por el contrario, Sota escapará en cuanto pueda del abrazo del Estado –no siempre lo conseguirá–, por considerar que no hace sino constreñir y sacar provecho. Es fuerista y liberal, contrario al estado de cosas que, en esos años, se ha impuesto en el País Vasco.

El 25 de noviembre de ese mismo año de 1885 muere Alfonso XII, a los veintisiete años, fruto de una tisis, iniciándose la regencia de María Cristina de Habsburgo, que, al cabo de unos meses, da a luz un hijo póstumo: el futuro Alfonso XIII.

13

De repente, los yacimientos de Bizkaia parecen comenzar a mostrar sus límites. Lo que se ha hecho es insostenible.

Pero hay más minas que las de Bizkaia.

–Los dos criaderos más importantes están al sur de la bahía de Santander, muy cerca de Castro Urdiales –dice Sota.

Los conoce muy bien.

En 1885 Ramón Sota y Eduardo Aznar toman en arriendo la mina “Ceferina”, en el monte Setares. Instalan almacenes de reparación de maquinaria, depósitos de mineral, planos inclinados, lavaderos y un ferrocarril minero que ponga en contacto la explotación minera con un embarcadero que construyen en mar abierto en la ensenada de Saltacaballo, de tal modo que pueda ser utilizado por los barcos más modernos.

Sota es ahora un hombre feliz. A veces podría pensarse que su vocación frustrada es la ingeniería.

El 10 de marzo de 1886 se constituye en Bilbao la Compañía Minera de Setares, con una mayoría clara de Sota y Aznar, al que se ha incorporado ya el hijo de Eduardo, de apellidos Aznar Tutor. Es así como a Sota le gusta trabajar, con poca gente y de su absoluta confianza. Se nombra a Sota y a Aznar padre directores gerentes de la nueva sociedad, percibiendo por ello el 2,5 % sobre el producto bruto de la venta del mineral.

Un dineral.

Organizan una gestión muy flexible. Son capaces de soportar aumentos y descensos de la demanda, al tiempo que, al contar con un embarcadero propio, disponen de unas enormes ventajas desde el punto de vista de la puntualidad, sin los retrasos que se producen en la ría de Bilbao, lo que, a su vez, les permitirá negociar con ventaja adicional nuevos contratos con los británicos.

Reinvierten de manera sistemática gran parte de sus beneficios en la mejora de las instalaciones. Sota siempre creará en la autofinanciación.

Setares es de una gran rentabilidad, siendo este el origen del dinero que va a invertir pronto en la adquisición de más barcos. Su destino principal es Gran Bretaña. Ramón Sota ha pasado de representar muy poco a introducirse en el mundo de los altos negocios de Bilbao. No está en el círculo de los de siempre, pero la impresión que da es que tampoco lo busca.

Va a ir por su cuenta.

Es un intruso que, además, piensa por sí mismo.

Y eso es peligroso en este país, antes y ahora, pero Sota asume el riesgo.

14

Se acaba de formar, en 1886, la Cámara de Comercio de Bilbao, la primera en crearse. Eduardo Aznar preside la comisión encargada de formarla; muy pronto, y por unanimidad, nombran primer secretario general a Ramón Sota. Cabe suponer que, además del apoyo de Aznar, advierten en él a un hombre dinámico, capaz de poner en marcha la nueva organización, que es lo que se exige al comienzo de la andadura. Un dato para describir su personalidad.

En 1888 la empresa de Martínez Rivas consigue el proyecto de construcción de tres fragatas para la armada española, fruto de la presión que

han ejercido gracias a su presencia constante en Madrid. Y el 21 de septiembre se inauguran las obras de construcción del puerto exterior de Bilbao.

El desarrollo de la industria de Bizkaia se convierte, para algunos, en un proyecto absolutamente dependiente de las decisiones políticas del Gobierno en Madrid.

* * *

Pero la sorpresa es que el intruso se compromete, en 1888, a los treinta y un años, con la política activa. Sota Llano es elegido diputado provincial con la etiqueta de “euskalerrriaco intransigente”.

Aunque se ha presentado por el distrito de Balmaseda, en Las Encartaciones, reside aún en “Villa María”, con sus cuatro hijos. Su mujer Catalina le acaba de anunciar que está embarazada del quinto.

Se opone a la mayoría “liberal dinástica” por considerar que esta hace lo que le viene en gana en cada momento. Denuncia la discusión apresurada y por sorpresa de los temas, ahogando si es posible la voz de las minorías. Se percibe seguridad en sus palabras. Afirma que lo que se está rectificando es, ni más ni menos, que la voluntad del cuerpo electoral. Parece incluso desesperarse, al decir que “al sentarse tan funestos precedentes, es preferible que el poder ejecutivo se subrogara a los electores y nombrara diputados en Vizcaya”. En algún momento el enfrentamiento con los dinásticos es tan agrio que alguien le pide que sus palabras no consten en acta.

Siempre tendrá muy mal genio.

Comienza a situarse frente al poder de su época.

Ha advertido que las decisiones están tomadas antes de ser debatidas. Es posible que, en parte, sea por eso por lo que acude poco y se enfada mucho.

Su laicismo se hace evidente y poco tiene en común con algunos de sus compañeros de la sociedad “Euskalerrria”. Se opone a conceder subsidios y limosnas a actividades benéficas de comunidades religiosas. Piensa que la Diputación, en caso de no disponer de intervención para inspeccionar si se cumplen o no los fines a los que se destina la subvención, no debe

contribuir con cantidad alguna a ninguna institución religiosa, bien tenga por objeto la enseñanza o la beneficencia.

No se fía ni se fiará nunca de ellas.

Sota va a romper con los “euskalerriacos” en la segunda mitad de su período en la Diputación. Se rebela contra su líder, Sagarminaga, y, en el transcurso del enfrentamiento, exclusivamente dialéctico, le espeta que “Dios está muy alto para que tengamos que ver nada con él”, y se da de baja en la Sociedad.

Su actuación en la Diputación y la causa de la fractura con los “euskalerriacos” denota bien a las claras la presencia de un hombre hostil a los caciques de la época, un liberal en lo económico y social, y un laico muy alejado del integrismo religioso de Sabino Arana, con el que, a pesar de vivir a doscientos metros y conocerse bien, todavía no ha terminado por coincidir, más allá de algún saludo en casa, lo que no obsta para que Arana, que ya ha descubierto el nacionalismo, no se fíe de Sota, pues piensa que tan solo se trata de un empresario que se enfrenta a otros empresarios en el afán de luchar exclusivamente por el poder.

“Este también irá a lo suyo”, piensa Arana de Sota.

15

Sota es también contrario a las organizaciones de resistencia socialistas. Siendo diputado en la Diputación, le toca tomar decisiones en la junta directiva del Círculo Minero, formado por los propietarios, arrendatarios y explotadores de minas, del que forma parte desde dos años antes.

La huelga de mayo de 1890 resultaría fundamental en la historia del movimiento obrero de Bizkaia. Sota desempeña un papel importante en su contra, y más aún en la del año siguiente, en 1891. En ese momento hay veinticinco mil obreros en las zonas minera y fabril de Bizkaia.

Los socialistas deciden celebrar en España el Primero de Mayo con una manifestación que se lleva a cabo el día 4, pues el 1 es jueves y hay que ir a trabajar. La de Bilbao transcurre con total tranquilidad, aunque Perezagua, el líder socialista, ha arengado en La Arboleda a los suyos anunciando la inminente llegada de la “revolución social” y la “huelga universal”. Reivindica la reducción de su jornada laboral y las mejoras en los barracones

obligatorios, próximos a las minas, donde se albergan los mineros. Son despedidos cinco trabajadores, considerados cabecillas de la reivindicación.

Como respuesta, se desencadena la huelga.

El 14 de mayo empiezan a bajar numerosos grupos de mineros en dirección a Ortuella. Son unos mil, en línea, con una bandera roja al frente. En la plaza de Ortuella son ya tres mil. Al grito, entre otros, de “¡Mueran los burgueses!”, se dirigen a Baracaldo. Llegan dos compañías militares de la guarnición de Garellano. A bayoneta calada, hacen retroceder a los huelguistas, que son ya ocho mil.

A la seis de la tarde es declarado el estado de guerra.

Llega la noticia de la muerte de un hombre que, mientras estaba apacentando su caballo a bastante distancia de los huelguistas, ha recibido en el pecho un disparo de los guardias.

Treinta mineros, sin que sean vistos, se dirigen hacia las empresas La Vizcaya, Astilleros del Nervión y Altos Hornos, pidiendo a los trabajadores que se sumen a la huelga. Comienzan las pedradas. Los guardias hacen fuego: un muerto y siete heridos.

El 15 se extiende la huelga. Llegan más fuerzas el día 16. Marchas de los obreros por las distintas fábricas, talleres, muelles y obras. Los grupos son disueltos por el ejército.

Los militares se despliegan. La excitación es enorme.

Las peticiones son cuatro: jornadas laborales de menos de diez horas, supresión de las tareas (obligación de cargar un cierto número de vagones), supresión de los barracones obligatorios y readmisión de todos los despedidos.

La huelga es muy amplia. El general De la Loma se dirige a la zona.

La opinión pública se muestra a favor de las peticiones obreras en lo relativo a la supresión de barracones y cantinas, pues, cuando un obrero llegaba a trabajar, quedaba en manos de sus capataces, tanto para dormir como para comer.

El encargado de reprimir la huelga, el general De la Loma, en un gesto nada frecuente, permite a los obreros mostrar sus quejas. En casa de Mac-Lennan, un propietario minero, Loma recibe a cinco huelguistas. Les pide que vuelvan a trabajar, aunque el tono es amistoso, pues les dice que sus reivindicaciones serán escuchadas. Los obreros salen contentos de

la entrevista. De la Loma, en una nueva reunión, les dice que, si vuelven al trabajo, les da su palabra de honor del cierre de los barracones y de que puedan comer donde les plazca. Muchos obreros, emocionados, dan vivas al general. Algunas mujeres lloran. Luego habla con el Círculo Minero y les dice que, si no aceptan, retira las tropas de las calles.

Día 18. Vuelve la normalidad. Los obreros comienzan a trabajar en las fábricas y en las minas, tanto en Ortuella como en Gallarta, Baracaldo y Bilbao.

Hay noventa detenidos.

El Círculo Minero acepta que los obreros puedan alojarse donde estimen conveniente, surtirse en los establecimientos de su agrado y trabajar una media de diez horas de trabajo diarias, once en el verano y nueve en el invierno, pero se mantienen contrarios a aceptar ninguna reivindicación hasta que no se haya dado final a la huelga. El 19 de mayo se firma el Pacto de Loma, suprimiéndose el sistema de barracones obligatorios y fijándose la jornada laboral en diez horas, aceptándose, por tanto, parte de las demandas obreras.

El rescoldo que ha dejado De la Loma en el Círculo Minero, del que Sota es representante, es que las mejoras se han logrado gracias a la violencia, porque los socialistas, hasta ese momento, no tienen, dicen, representación real.

Pero he aquí la aparente contradicción: Sota denuncia el 21 de mayo en la Diputación la existencia de barracones y cantinas obligatorias para uso de los obreros en la zona de Ortuella, encargados de la carga de mineral del ferrocarril de Triano, propiedad de la Diputación, abusos que pide que se corrijan con mano firme. Lo hace en la primera sesión de la Diputación tras la huelga general de 1890, lo que muestra que Sota no lucha tanto contra las condiciones laborales de los trabajadores, sino más bien frente a las organizaciones de resistencia, los socialistas y los piquetes que fuerzan la huelga e impiden a los mineros que lo desean entrar a trabajar. Le gustará aún menos, seguro, ver a un militar reconociendo a las organizaciones a las que él detesta, e imponer más tarde a las empresas las condiciones que aquel ha negociado con esas organizaciones.

El Círculo Minero, presidido interinamente por Sota, decide ese mismo día 21 apoyar el pacto de Loma, pero suspendiendo cualquier aplicación

hasta que no acabe definitivamente la huelga, y decidiendo no admitir en ninguna mina a los despedidos por promover desórdenes. Pero lo cierto es que es un antes y un después para el Partido Socialista, fundado en 1879; un gran éxito. Cinco concejales de este partido resultarían elegidos en las municipales de ese mismo mes.

16

¿Qué sabemos de la personalidad de Sota hasta ese momento?

En la noche del 23 al 24 de septiembre chocan cerca de Burgos un tren mixto que procede de Valladolid y el expreso procedente de San Sebastián con destino a Madrid. El choque produce quince muertos y veinticinco heridos, pero pudieron haber sido más de no ser por el arrojado del maquinista del tren mixto, que muere intentando llamar la atención de su colega del expreso, percatado de la eventualidad del siniestro. El nombre del maquinista es Pedro Jaca, considerado por todos como un “héroe del deber“, y se abren suscripciones a favor de su familia. Sota toma la iniciativa de abrir una suscripción con quinientas pesetas y convocando a la prensa para que se lleve a cabo. También lo hace la Cámara de Comercio, pero, finalmente, ambas suscripciones se funden en una sola.

Sota tuvo a lo largo de su vida la costumbre de ayudar a los marineros víctimas de accidentes. En el año 1891, ocho marineros de Ciérvana pierden la vida –algo muy común entonces– en un naufragio cerca de Arminza, en la costa vizcaína. Sota pide a la Diputación que aporte ayuda, ya que es una catástrofe, al ser pocos los habitantes de este pueblo.

Y junto a la compasión, otra característica fundamental: la dureza con las organizaciones de resistencia socialistas.

* * *

En vísperas del Primero de Mayo de 1891, el Gobierno prohíbe las manifestaciones obreras, permitiendo tan solo celebraciones en puntos concretos. No hay incidentes, pero la huelga es general en las minas, huelga que el Círculo considera que es tan solo debida a la influencia de los piquetes.

El Círculo Minero se opone al pacto de Loma del año anterior al comprobar que el día 4 de mayo los obreros han comenzado una nueva huelga. Otra vez no, piensan. Deciden, por el contrario, que cada empresario minero pueda establecer las horas que considere convenientes, no reanudar el trabajo hasta que lo acuerde el Círculo en caso de huelga general, despedir a los obreros afiliados al Partido Socialista, aceptarlos si abandonan dichas ideas o dejan de pertenecer a ese partido, vigilando su conducta posterior, y no admitir en los trabajos a ningún obrero que no presente una certificación de la conducta observada en la última mina donde hubiese trabajado.

Los obreros responden con la huelga general.

El Círculo no reconoce a la representación obrera, pero está dispuesto, dice, a atender las reclamaciones de los *verdaderos* obreros. El gobernador, enfadado, nuevamente amenaza con retirar a los patronos la protección de seguridad dispensada. Enfrentamiento del Círculo con el gobernador civil. Lo que pretende el Círculo es que los trabajadores que quieran trabajar puedan hacerlo. Los socialistas ceden, pero han obtenido algo importante: el reconocimiento de la representación obrera por parte del gobernador es ya un hecho irreversible.

Sota, en nombre del Círculo, acepta contribuir a facilitar a los obreros de las minas billetes económicos para regresar con poco coste a sus casas, de acuerdo con la solicitud del gobernador.

Sota deja su puesto en la junta directiva del Círculo en enero de 1892. ¿Enfadado con quién?, ¿tal vez consigo mismo, al tener que dar la cara en una organización que no controla?

Poco antes de su marcha, el Círculo se opone al intento del gobernador de gravar con un 5 % la exportación del mineral. En 1896 el Gobierno recarga la exportación para financiar la guerra de Cuba. Nueva protesta del Círculo. Esta será otra de las peleas constantes de Sota: no a las contribuciones para un Estado que, al igual que las órdenes religiosas, no se sabe muy bien lo que va a hacer con ellas.

Y menos aún para guerras sin sentido, a las que se opone.

Sota se aleja del Círculo, pero en 1897, junto a su padre, se da definitivamente de baja cuando la junta directiva declara festivo el Primero de Mayo ante la sugerencia favorable del gobernador civil. De alguna manera, piensa Sota, supone romper con la línea patrocinada

anteriormente, consistente en no reconocer la representación obrera a los elementos “díscolos y revoltosos”, léase socialistas, y en contener su creciente influencia.

Se mantendrá siempre firme en esa posición, pero no está del todo satisfecho; lo ocurrido también le va a hacer reflexionar sobre un nuevo tipo de relaciones laborales en sus empresas. Pero no sabe muy bien aún cómo hacerlo.

En cualquier caso, para tratar de entenderle tal vez ayude el comentario de Enrique Areilza: “Aquí el socialismo es puramente antivascogado, como nutrido por la sabia de Carretero y Perezagua”.

Unamuno pensaría luego algo semejante.

17

El 20 de mayo de 1891 se constituye el Banco de Comercio, en el primer piso del nuevo Teatro de Bilbao. Su presidente es Ramón Sota, y uno de los fundadores Benigno Chávarri, hermano de Víctor. El secretario es Pedro Tutor, cuñado de Eduardo Aznar. Se constituye con un capital de diez millones de pesetas y la suscripción de acciones resulta ser un éxito extraordinario. Las acciones alcanzan al día siguiente de cerrarse la suscripción primas del 30 al 35 %. Su creación es un golpe que debilita al Banco de Bilbao, que, hasta ese momento, es un banco fundamentalmente comercial, mientras que el Banco de Comercio pretende ser un banco mixto: comercial e industrial.

Ramón Sota tiene en este momento treinta y cuatro años.

* * *

La demanda de mineral sigue creciendo. Ya no basta tampoco con Setares, en Cantabria. Sota se dirige al sur, a Almería.

Tiene conocimiento de los proyectos de explotación de la casa alemana Borner. Sota llega a un acuerdo con otro alemán, Kreizner, que le da garantía de venta del mineral, y luego se lo propone a Borner. En 1893 llegan los tres a un acuerdo que se firma en Londres. El acuerdo es la base de la fundación de la Compañía Minera de Sierra Alhamilla.

Sota se lanza a crear un nuevo embarcadero, adonde irá a morir un ferrocarril de 39 km de largo, que también construye en 1895. Como en Setares, pero más grande y mejor. El modelo de explotación autónomo vuelve a imponerse. Sota se queda con el control total de la Compañía, y quedan como gerentes Sota y Aznar, y como sustituto un hijo de este, Luis María Aznar Tutor.

Embarcadero, ferrocarriles, gente de confianza a su alrededor. Vuelta a su verdadero ser, aunque tenga que formalizar luego un préstamo hipotecario de un millón de pesetas, algo que no gusta a Sota, que ha de preferir siempre, a ser posible, no endeudarse.

De vuelta a Bilbao piensa en su padre: ha sido el viejo Alejandro el primero en otear las posibilidades del sur. Y es que siempre ha ido por delante.

Ha hecho bien en seguirle.

18

En diciembre de 1892, Sabino Arana publica *Bizkaia por su independencia*. Sota ha dejado ya la Diputación.

El 3 de junio de 1893 Sota y los suyos invitan a Sabino Arana a explicar el contenido de su libro en el caserío Larrazabal, en Begoña, muy cerca del casco viejo de Bilbao. Sota tiene treinta y seis años, y Sabino Arana, veintiocho. Es Sota quien invita y quiere escuchar a Arana, no al revés. Es el mayor quien se acerca al joven. Sota denota inquietud política, a la vez que hartazgo de lo que ya conoce, curiosidad por algo que considera nuevo y una cierta humildad, pues él es ya una persona acomodada, con negocios diversos y reconocida, disfruta de cargos relevantes y, hasta hace un año, ha sido diputado; muy al contrario de Sabino Arana, que tan solo es conocido entre los suyos, fundamentalmente por ser de la familia de constructores de barcos que es, y que, hasta el momento, no ha cosechado fruto alguno, ni en la universidad ni en las oposiciones a las que se ha presentado.

Arana cuenta con detalle lo que va a ocurrir en esa cena.

Un día le comunican que a un grupo de personas le ha gustado tanto el contenido de *Bizkaia por su independencia* que desean obsequiarle con un banquete. Por lo tanto, cabe afirmar que los asistentes, en principio,

simpatizan con las tesis expuestas por Arana. Los líderes del grupo, según él, son dos: Ramón Sota y Enrique Areilza. Arana define a Areilza como ateo, pero nada dice de Sota, lo que significa que no lo considera como tal. A ambos los identifica como las cabezas del grupo. Finalmente, por lo que sea, Areilza no acude a la reunión.

El resto son prosélitos, de uno u otro. Da la impresión de que cada cual ha llamado a sus más allegados. Se encuentra Eduardo Aburto –cuñado de Sota–, lo que nos permite descubrir también el talante ideológico inicial de la familia Aburto.

Es gente que, en su mayoría, están a final de la veintena y comienzos de los treinta. Sota es, pues, el mayor de ellos, lo que implica autoridad e influencia. De estatus social alto. Profesionales destacados; propietarios, rentistas, ingenieros, contratistas, médicos, farmacéuticos, comerciantes, arquitectos y un comerciante de mineral y naviero: Ramón Sota Llano.

Nada más comenzar la cena, Arana expone su evolución política, con tan poco tacto que ataca de lleno a los “euskalerriacos”. Es un provocador. Lo será siempre. No pretende ganarlos, sino zarandearlos, lo que demuestra tal vez la seguridad del joven de veintiocho años ante personalidades relevantes, que le superan en experiencia y prestigio. En un primer momento unos parecen aprobar lo que dice, mientras otros callan, no se sabe si porque están en contra o porque han quedado reflexionando sobre lo escuchado.

¿Qué piensa Sota de las palabras de Arana?

Sabino Arana dice que, tras su intervención, le felicitó, bajó la cabeza y que luego se quedó pensativo. Algo muy propio de cómo imaginamos a Sota. Pero la provocación de Arana, claramente innecesaria, genera ampollas sobre algunos “euskalerriacos” asistentes a la cena, que comienzan a defender a la Sociedad. En el fondo, vienen a decir que no hay novedad alguna en su discurso, pues todo lo que Arana defiende es lo que desde siempre ha postulado la “Euskalerría”. Una crítica muy habitual cuando no se está dispuesto a cambiar nada es decir que no se observa cambio alguno en la propuesta de cambio que desde fuera se nos hace. Pero la sorpresa ahora es que, según Arana, también Sota se une al debate y critica a la sociedad “Euskalerría”, “poniéndola de vuelta y media”. Es como si pensáramos que Sota tiene claro que la “Euskalerría” actual no da más de sí, y está tan solo pensando en si lo que ahora acaba de escuchar tiene futuro o no.

Aún no lo sabe.

En la explicación que Arana da al inicio de la cena hace mención al catolicismo, y viene a decir que, sin Dios, no quiere saber nada. Y aquí salta Sota como un resorte, esta vez para replicarle a Arana lo que ya conocemos de antemano: “Dejémosle a Dios de lado, que está muy alto para que se ocupe de nosotros”, algo que repite en cuanto sale el tema a relucir. Dejemos a Dios en paz. A unos les dice que no lo mezclemos con nuestros negocios de cada día y a otros, como a Arana, le pide que tampoco lo haga con las ideas políticas que defendemos.

Sabino Arana dice que aquí se acabó la discusión con Sota, pues este último, hombre práctico, bien pudo concluir que de allí no se iba a sacar nada en limpio. Se ha deducido con frecuencia que la reunión salió mal para Sabino y su hermano Luis, pero la impresión que se obtiene es que a todos los asistentes les une una cierta visión política común, aunque resquebrajada por el tinte religioso sabiniano, que es lo que de verdad parece dividir.

El pintor Adolfo Guiard, íntimo de Sota, le dice a Arana, a la despedida, que sería bueno reunirse semanalmente. Este le contesta, otra vez sin el mínimo tacto, que le parece inútil, pero lo cierto es que algunos de ellos, incluidos los hermanos Arana, seguirán reuniéndose con frecuencia en la botica de Cortina, otro de los asistentes, ubicada en la Plaza Circular, por lo que podemos decir que el contacto y la vinculación se ha establecido de manera definitiva.

Es evidente que Sota asiste a esas nuevas reuniones, porque alguien recuerda luego que ha recibido una invitación para visitar el coto minero de Sierra Menera, en Teruel, una invitación que no puede venir sino de Ramón Sota, su propietario.

Sota tiene, conviene recordarlo, treinta y seis años de edad. Recuérdese el cúmulo de actividades en las que ya participa.